

LIBRERIA CONSIGNA

1914

1914

TANIN Y TANO

Por los campesinos que iban todos los días a la ciudad, con las mulas cargadas de provisiones del campo, el barón Mauro Ragona sabía que su mujer continuaba en cama y que también el chico había caído gravemente enfermo.

Su mujer no le importaba. Matrimonio equivocado, contraído por necia ambición juvenil.

Hijo de un campesino enriquecido, que durante el reinado de las dos Sicilias había comprado con el feudo la baronía, Mauro contrajo matrimonio con la hija del marqués Nigrelli, educada, desde niña, en Florencia, por lo que, según pretendía ella misma, había olvidado completamente el dialecto siciliano.

Pálida, rubia y delicada, como una flor de in-

vernadero, ella. Robusto él, macizo, lleno de salud, morenas sus carnes, más pronto negro como un africano, rostro áspero, ojos duros, gruesos mostachos, espesos cabellos crespos, negrísimo, proclamábase, ahora, labrador.

—¡Y me enorgullezco!

Habían comprendido muy pronto, el uno y la otra, que su convivencia era imposible. Ella pasaba el tiempo llorando; sin razón, según creía Mauro. Por su parte, él se aburría, y en respuesta a aquellas lágrimas, resoplaba desde la mañana hasta la noche. Pero de su matrimonio había nacido un chiquillo rubio, pálido y delicado como la madre, de cuyas caricias mostróse, ella, celosísima desde los primeros días. Tanto, que Mauro no lo había podido tocar nunca y casi ni siquiera mirar.

Alejóse, en consecuencia, de la ciudad sin dar cuenta ni razón a nadie, dispuesto a hacer lo que le viniese en gana. Habíase ido allá, a su tierra nativa. Tomó consigo a Bartolomea, la guapa hija de uno de sus administradores muerto el año antes, sana y alegre campesina llena de humilde bondad, que había acogido como un grande honor, como una verdadera distinción, el amor del joven amo. También le había nacido de ella un hijo, pero moreno como él, sólido y mofletudo. Por fin, sintióse en su ambiente.

Y su mujer, contentísima.

Habían reñido definitivamente, por una estúpida nonada: Mauro Ragona lo reconocía ahora. Viéndose tratado con altivez por su aristocrática mujer, en las raras veces que iba a la ciudad, más para ver a su hijo que para verla a ella, sintió un día como se le sublevaba la sangre. ¿Era verdad que ella sentía tanto desprecio hacia él? ¿De veras que no le creía digno de otra mujer más que de aquella Bartolomea que tenía en el campo?

—¡Quiero poseerte!—le había gritado, iracundo ante los desdenes de ella, y vibrante de despecho—. ¡Al fin y al cabo, eres mi mujer!

Pero ella se había rebelado, altiva, contra aquella violencia inspirada tan sólo por el amor propio. Ciego de ira, Ragona habíase dejado arrastrar excesivamente por su orgullo ofendido, hasta que, finalmente, se fué, estallando en una burlona carcajada.

—¡Al cabo y al fin, *aquella* vale cien veces más que tú!

Desde aquel momento, ya no volvió más a la ciudad.

No le importaba, pues, la enfermedad de su mujer. Pero que enfermase también su hijo, eso sí, eso lo sentía. Y mucho. No lo había vuelto a ver desde hacía cinco años, al pobre pequeñuelo, y sentía remordimientos; era sangre suya, llevaba su apellido, *el suyo*, el nombre de los Ragona. Había de heredar todas sus riquezas y sin embar-

go crecía como un Nigrelli, todo para su madre, de la que quizás no oía sino hablar mal de él, a traición, mal de su propio padre, de quien el pequeñuelo no podía ya por cierto acordarse. Pero se acordaba él. ¡Ah! ¡Era tan hermoso como un angelillo, con aquellos rizos rubios y aquellos ojos lípidos, color de cielo! ¡Quién sabe ahora, al cabo de cinco años, cómo sería! . . . Estaba enfermo, además, y gravemente... ¿Y si se muriese sin ni siquiera conocer a su padre?

Bartolomea, durante aquellos días, viendo al amo ensimismado y pensando en el otro hijo, se esquivaba, teniendo junto a sí a Tano. Comprendía, en las devociones de su corazón, que la presencia de Tano, alegre y despreocupado, no podía serle grata *al amo*, en aquellos momentos. Temía que éste no cometiese alguna grosería con el pequeñuelo inocente, rechazándolo como se rechaza a un perrillo importuno. Hasta ella misma, apenas se arriesgaba a pedirle noticias.

—¡No sé nada! ¡Nadie sabe decirme nada!— respondía él duramente, arrebatado.

De aquella dureza no se ofendía Bartolomea. Sabía que la provocaba el dolor del hijo y juntaba las manos, levantando los ojos al cielo. ¡Que la Santa Virgen lo ponga pronto bueno! ¡Ella no podía soportar aquellas angustias de su amo!

—¡Deja estar a la Virgen!—le dijo él un día

irritado—. ¡Demasiado sé que la muerte de mi hijo te agradaría!

Bartolomea abrió los brazos, dilató los ojos, estupefacta, herida en el corazón, no atreviéndose a creer que semejante cosa hubiera podido pensar el amo de ella.

—¿Qué dice el señor? ¿No sabe que por la vida del señorito daría hasta la vida de mi hijo?

Se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

Le había sugerido al barón este mal pensamiento la vista de Tano, jugando ante la quinta con el perro y los pavos, espectáculo que presenciaba desde el balcón, con la frente apoyada en los cristales. Pero, ahora, se arrepentía de haberlo manifestado tan crudamente; sólo que en vez de mostrar su arrepentimiento a Bartolomea, se encolerizó contra el llanto que le había injustamente ocasionado.

—¡Mi hijo no debe morir!—gritó cerrando los puños y blandiéndolos—. ¡No debe morir, no lo quiero yo! ¿Lo sabes?

¡Demasiado lo sabía Bartolomea! Sabía que para el amo, aquel otro era su hijo, su verdadero hijo; y que éste, Tano, era hijo de ella y nada más; hijo de una pobre campesina; hijo que, de morir, se ahorraría los dolores, las fatigas que ya le amenazaban. Mientras que aquél, el señorito, de morir (¡Dios nos libre!), hubiera producido

hondo trastorno, ya que era rico y hermoso, y hecho para vivir y para gozar hasta de la gracia del Señor.

Al atardecer de aquel día, el barón Ragona hizo ensillar su caballo y partió para la ciudad, escoltado por dos campesinos. Llegó cuando ya estaba muy cerrada la noche, y encontró en casa al marqués de Nigrelli, llegado adrede de Roma, donde como viejo mujeriego impenitente, disipaba los restos de su fortuna. Pequeño, enjuto, quebradizo, largo el bigotillo teñido y engomado, acogió al yerno con su habitual gesto ceremonioso y como si no supiese nada de nada.

—¡Oh, querido barón, querido barón!

—¡Muy señor mío!—gruñó Ragona mirándolo, hosco, a los ojos y dejándolo allí, con la mano alargada.

Después, viendo que el marqués levantaba aquella mano para dejársela caer afectuosamente sobre la espalda, añadió fastidiado:

—¡Le ruego que no me toque! ¿Donde está mi hijo?

—Está enfermucho—suspiró el marqués, desenvuelto, llevándose las manos a las puntas del bigotillo.—¡Malucho, querido barón!. . ¡Venga, venga!

—¿Está con su madre?—preguntó, deteniéndose, Ragona.

—No—respondió Nigrelli.—Se lo han llevado a

otra habitación, porque necesita mucho aire, mucho aire, y a Eugenia esto le haría daño. Se trata de un tifus, desgraciadamente, querido barón. Tanto es así que yo he pensado...

—¡Dígame usted donde está!—le interrumpió brusco y arrebatado el barón.—¿Donde está? ¡Acompáñeme!

Al cabo de cinco años, se sentía como un extraño en su propia casa: desorientado entre tantos cambios que en ella había operado su mujer. En la habitación donde estaba el muchacho, vió ante todo, al lado de la cama, una hermana de la caridad, y se turbó profundamente.

—¡La he llamado yo!—explicó el marqués.—Esto es lo que quería decirle. Ya que la madre no puede, ¿qué mejor asistencia?

Y terminó la frase con amable sonrisa volviéndose a la joven religiosa, que apartó, rápida, la mirada, bajo las grandes y blancas alas de la toca.

—¡Aquí estoy yo ahora!—dijo el barón acercándose a la cama.

Después, viendo al pequeñuelo, esquelético, amarillo como la cera, casi calvo:

—¡Hijo mío!—exclamó.—¡Hijo mío, hijo mío!—con tres suspiros que parecían petrificarle el corazón.

El pequeñuelo lo miraba desde la cama atontado, aturdido, no conociendo a quien lo llamaba

de tal modo. El comprendió la expresión de aquella mirada y rompió en sollozos.

—¡Soy tu padre, hijo mío! ¡Tu padre, tu padre, que te quiere mucho...

Y se arrodilló al lado de la camita y comenzó a acariciar las casi desvaídas mejillas del pequeño, a besarle las manitas, tiernamente, una y otra vez, los deditos, y después, sobre el dorso, luego sobre la palma que abrasaba, de aquella manita querida, esquelética... ¡Ay Dios mío, Dios mío, como abrasaba!

No se separó más de la cama, día y noche, durante un mes. Despidió a la hermana de la caridad, cuyas tocas le parecían alas de mal agüero; y quiso atender él, personalmente, a todos los cuidados, sin darse un momento de reposo, sin cerrar los ojos, noche tras noche, rechazando hasta el alimento, rechazando toda ayuda. No pidió noticias de su mujer; no quiso ni siquiera saber de qué mal estuviera enferma: no vivió, en aquellos días, más que para su pequeño, el cual, poco a poco, por instintiva gratitud, al calor de aquel cariño siempre vigilante, ya no supo vivir sin él y lo abrazaba, muy apretado, muy apretado y lo acariciaba, mientras él sentíase sofocado por la emoción.

Vencido el mal, los médicos aconsejaron al barón que se lo llevase al campo para apresurar la convalecencia con el aire puro de la montaña.

—No era necesario que me lo aconsejasen ustedes. Ya lo había pensado yo—dijo Ragona a los médicos.

Dió órdenes para partir, pensando en todos los pormenores, para que el hijito endeblucho tuviese en el campo todas las comodidades y no echase nada de menos.

Cuando su mujer, enferma, supo aquellos preparativos de marcha, temiendo que Ragona quisiera llevarse a su hijo para siempre, montó en cólera. El pobre marqués Nigrelli, al que tomó de mediador, hubo de correr del uno a la otra transmitiendo preguntas, respuestas, invectivas, que él, todo un caballero, se esforzaba en atenuar, en barnizar del mejor modo.

El barón, en cierto instante, le atajó:

—¡Definitivamente! ¡Dígale usted a su hija que yo soy el padre y mando sobre él!

—Si. Pero, usted...—intentó objetar el marqués, como hablando por cuenta de su hija.—Además, dada su situación...

—Dígale usted a su hija—replicó en el mismo tono el barón—que yo conozco mi deber de padre y con esto basta.

Efectivamente. A los jornaleros que venían del campo, les había ordenado que dijese a Bartolomea, que dejase la quinta y se fuese a vivir con Tano a una alquería cercana, de su propiedad. Antes de partir, convino con su mujer en que Tanín,

de ahora en adelante, pasaría con él en el campo *los meses grandes*, como él, a modo de los campesinos, llamaba al tiempo que transcurre de Marzo a Septiembre, y el invierno, *los meses pequeños*, con su madre, en la ciudad.

A Bartolomea, hábale parecido justísima esta orden del amo. Ciertamente, yendo allí el señorito, no podía ella permanecer en la quinta. Sin embargo, el amo—sin que hubiese en su ofrecimiento intención alguna—debía otorgarle un favor: concederle que sirviese ella al señorito, ya que ninguna otra mujer, pagada, hubiese podido hacerlo con más amor y con más celo que ella. Segura de obtener esta gracia, trabajó afanosamente limpiando la quinta y preparando la habitación donde el amo dormiría junto con el amito.

Sintió que se le doblaban las piernas, sin embargo, el día de la llegada, cuando del coche vió descender a una criada que le parecía una señora, a la cual el barón entregó el señorito envuelto en un mantón, y al ver como descendían de otro cochecillo el cocinero y su ayudante. ¿Luego era verdad? ¿La consideraba, pues, como una descastada? ¿Ni siquiera para la cocina la admitía, para atender a los más humildes servicios? Acudieronle a los ojos las lágrimas; pero el barón le dirigió una mirada tan imperiosa, que de súbito se contuvo, inclinó la cabeza y se fué a llorar, con el cora-

zón destrozado, allá arriba, en el cuartito donde se había alojado con su hijo.

Lloró y lloró; después, desde la ventana, miró a Tano que lejos, desde un poyo, por primera vez, tenía cuenta de los pavos. ¡Pobre hijito! Le había enviado ella allí para que no importunase en el momento de la llegada. Ya comenzaban para él, tan pequeñito, las horas amargas. Suponía que si el amo la trataba de aquel modo y había traído al campo al señorito, quizás era porque se había reconciliado con su mujer: y por lo tanto, ella debería marcharse, volver a su pueblo, al lado de su vieja madre, o ponerse a servir en otra parte. A Tano, después, ya hombre, pensaría el barón en darle un pedazo de pan para la vejez.

Acordó marcharse en el acto; pero ni aquel día ni en los siguientes, pudo acercarse al amo, cuya atención se aplicaba enteramente al señorito. Cansada de esperar en semejante situación de ánimo, se disponía a alejarse sin decir una palabra, a escondidas, cuando el barón fué en persona a buscarla a la alquería.

—¿Qué haces?—le dijo, viendo ya sus envoltorios preparados, enmedio de la habitación.

—Si me lo permite el señor—le respondió Bartolomea bajando los ojos—me voy.

—¿Te vas? ¿Dónde? ¿Qué dices?

—Me voy con mi madre. ¿Qué he de hacer aquí, si el amo ya no me necesita?

El barón se encolerizó; la miró un rato ceji-junto, severamente. Después, entornó los ojos y le dijo:

—¡No te muevas de ahí y no me fastidies! ¿Quién te ha echado? ¡Yo tengo allá a mi hijo y ni quiero ni tengo tiempo de pensar en otra cosa! . .

Bartolomea se encendió como una brasa y se apresuró a responder humildemente:

—¡Ya sé que el señor no piensa en eso... ni yo tampoco, se lo juro y estoy, además, contenta! ¡No me refiero a eso... sería una desvergonzada! Le digo tan solo, que podría continuar siendo la criada del señor y la del señorito, que ha llegado... ¿Es que acaso llevo escrita en la frente mi vergüenza? ¿Es que no eran dignas para servirlo mis manos amorosas?

Profirió estas palabras con tanta pesadumbre, que el barón tuvo piedad y le explicó con buenas maneras las delicadas razones por las que la había tenido alejada. Además, el muchacho tenía necesidad de cuidados especiales que ella quizás no hubiera sabido prestarle.

Bartolomea sacudió amargamente la cabeza.

—¿Es que acaso se necesita arte—dijo—para servir a los niños? ¡Corazón, nada más! Y quien se siente servido con el corazón, bien puede prescindir del arte. ¿No he sabido criar a mi hijo? Más que como hijo, hubiese servido al señorito, porque junto al amor hubiera tenido para él res-

peto y devoción. Pero si usted no me ha creído digna, no hablemos más: Dios, que lee en mi corazón, sabe que no merecía de usted esto. ¡Hágase su voluntad!

Para cambiar de conversación y hablarle de algo que le fuese grato, le preguntó por Tano.

—¡Allá está!—repuso Bartolomea, indicándolo desde la ventana, en el poyo, entre los pavos.—Ya hace de guardián. Todas las tardes, cuando regresa, me pregunta por el señorito. ¡Se muere de ganas de verle! «Aunque sólo fuera desde lejos—dice.—¡Quisiera llevarle flores!» Pero yo le he dicho que al señorito no se le puede ver porque está enfermo, y el perfume le haría daño. Sólo así, se ha quietado.

¿Aquietado? Tano, allá arriba, entre los pavos, se pasaba los días enteros pensando cómo era posible que las flores pudiesen hacer daño a un niño. Excepto, pensaba, como no fuese un niño hecho de otra manera... Pero, ¿cómo podría estar hecho? Miraba las flores: a él no le hacían daño, excepto las flores de cardo, que, como es sabido, son espinosas; pero estas, ciertamente no se las hubiese ofrecido, ni siquiera las tocaba él. ¿Cómo podría ser, pues, aquel niño? Y meditaba, imaginando el modo de verle sin ser descubierto.

No discurriéndolo, y no sabiendo resistir ya la tentación, un día dejó abandonados, en la altura, a los pavos y se vino a la plazoleta, delante de la

quinta, para mirar resueltamente a los balcones de la habitación donde dormía el amo. ¡Buena paliza recibiría, ciertamente, si era sorprendido allí por su madre, con la naricilla al aire y las manos a la espalda! Pero él quería satisfacer a toda costa su curiosidad.

Estuvo así largo rato, y finalmente, detrás de los cristales del balcón, apareció la cabecita del niño misterioso. Tano permaneció estático mirándolo. Le parecía que, verdaderamente, estuviese hecho de otra manera, sin saber decir cómo, y pensaba que, en verdad, del modo que aquel niño era, las flores podían hacerle daño. También el pequeñuelo convaleciente, tan pálido todavía y tan grácil, con los cabellitos que de nuevo le crecían, rubísimos, vaporosos, lo miraba curiosamente, a través del cristal del balcón; pero poco después, detrás de aquellos cristales, apareció la figura del barón, y Tano echó a correr despavorido. Oyó como la voz del amo le llamaba muchas veces y se detuvo con el corazón galopándole en el pecho; volvióse, y vió que de veras lo llamaba, lo llamaba con las manos. ¿Qué hacer? Volvió calladito, calladito sobre sus propios pasos, y ya enfilaba el portalón de la quinta, cuando le vino encima su madre, que lo agarró de una oreja y comenzó a zurrarlo con la otra mano.

—¡Me ha llamado el amo, me ha llamado el amo!—gritaba Tano entre los golpes.

—¿El amo? ¿Dónde? ¿Cuándo?—le preguntó Bartolomea, sorprendida.

—¡Ahora mismo: me ha llamado desde el balcón!—le respondió Tano, encendido de rabia y llorando, más por la injusticia que por el dolor.

—Bueno: ven conmigo arriba, quiero saberlo—repuso su madre llevándosele.

Tano entró restregándose los ojos lacrimosos. El barón había llegado a su encuentro, en el saloncito de entrada, con el convaleciente.

—¿Por qué lloras, Tano?

—Le he zurrado yo, al pobrecito—respondió Bartolomea.—No sabía que lo hubiese llamado el señor...

—¡Pobre Tano!—dijo el barón, inclinándose para acariciarle los espesos cabellos, crespos, negrísimos, como los suyos.—Vamos, vamos, basta ya... Vais a jugar un poquito juntos, como buenos amigos, ¿verdad?

Y los dos pequeñuelos se miraron y sonrieron; después, Tano, con los ojos todavía llorosos y la cabezota inclinada, se escondió una mano en el bolsillo, sacó algunos caracolillos recogidos en la altura y se los ofreció, preguntando con un solito, que era un eco de llanto reciente:

—¿Los quieres? ¿No te harán daño?

Bartolomea rió; pero le reprendió en seguida:

—¿Cómo se dice, impertinente? ¿Se dice quieres? ¿No sabes que estás hablando con el señorito?

—Déjalos estar—le dijo el barón.—Son niños.

Pero Bartolomea, sobre este extremo, no obstante la condescendencia del amo, no quiso transigir, y poco después reprendió de nuevo a Tano, que le preguntaba al señorito:

—¿Cómo te llamas?

El barón propuso que, por primera vez, saliese el niño al aire libre, para que diese un paseo por el jardín. Bartolomea se sintió feliz al bajarlo en brazos por la escalera.

—¡No pesa nada! ¡Una pluma, una pluma!.. —decía.

Y le besaba el pechito, amorosamente, como una esclava.

—¡Bien!—dijo el barón al pié de la escalera a los dos niños.—Cogéos ahora de la mano e id poco a poco, bajo los árboles. Así...

Tano y el señorito se encaminaron, con el embarazo propio de los niños que van por primera vez juntos, cogidos de la mano. Tano, menor de casi dos años, parecía mucho mayor que el otro; lo guiaba y lo protegía. Tomó al cabo de un rato, con la mano izquierda, la del niño, y le pasó el otro brazo por la espalda, para ayudarlo a andar. Cuando de este modo se alejaron un tanto, y ya no existía el peligro de que fuesen oídos, Tano preguntó de nuevo:

—¿Cómo te llamas?

—Tanín, como mi abuelo—respondió el otro.

—¡Entonces te llamas como yo!—repuso Tano, riendo.—También yo me llamo como mi abuelo, me lo ha dicho el administrador. Pero a mí, en vez de Tanín, me llaman Tano, porque estoy muy grueso, y mamá no quiere que me llamen como al abuelito.

—¿Por qué?—preguntó Tanín, pensativamente.

—Porque yo no lo he conocido—respondió, serio, Tano.

—¡Entonces, te pasa como a mí!—repitió Tanín, riendo a su vez.—¡Tampoco he conocido yo a mi abuelito!

Se miraron sorprendidos y rieron juntos este ingenioso descubrimiento, como si fuese un caso extraño, y sobre todo, un caso de tal índole, que merecía ser reído, reído largo rato, alegremente.